

Recordar, compartir, aprender

Murcia

Eulalia Sánchez Miras, 84 años

Antonio Pagán Martínez, 20 años

NO CESA EL MUNDO DE PERDER MOMENTOS QUE YO INTENTARÉ BEBER

El mundo no es más que aquello que nos empeñamos en que sea. Trenes que perdemos, sonrisas que negamos, pequeños momentos que desaprovechamos, amores que dejamos escapar... Malgastamos años en lamentarnos de nuestros fracasos sin ser conscientes de que el mayor fracaso es sentirse fracasado.

Desde que decidí participar en este concurso he ido descubriendo la riqueza de nuestros mayores, que nada tiene que envidiar a los grandes textos filosóficos de la historia.

En estas escasas mil palabras reflejo un hecho puntual que le sucedió a Eulalia, pero podría llenar páginas y páginas con historias que he ido conociendo últimamente en las interminables esperas para entrar al médico o simplemente de vuelta a casa en tren.

Eulalia, a sus 84 años, y con su mirada ya cansada y castigada por el tiempo, no olvida cuando siendo aún una niña, una terrible guerra empezaba y desde entonces, una época llena de miedo e incertidumbre, de enfrentamientos entre familias y amigos, de sueños perdidos y de infancias rotas.

En las palabras de Eulalia se descubre autenticidad, espontaneidad, incluso una frescura de la que muchos jóvenes hoy en día carecen. Cuando la Guerra Civil ya había comenzado Eulalia pudo asistir a un hecho que, hoy, más de setenta años después, bien podría servir de ejemplo frente al fanatismo ideológico que muchas veces vivimos.

Por aquella época, la derecha y la izquierda luchaban por una victoria que no era más que la derrota de todos. Cuenta Eulalia que vivió cómo un grupo del bando de derechas llegó a su pueblo en busca de un señor de izquierdas para asesinarlo. Pero algo sucedió que evitó este hecho, y es que un franquista dio la cara por su amigo republicano, diciendo que o los mataban a los dos, o a su amigo de izquierdas no se lo llevaban. Los franquistas decidieron irse, evitando así la muerte del republicano.

Eulalia lloraba porque no sabía qué sucedería mañana. Desconocía su futuro y no reconocía un presente que no era más que un pasado ya vivido por sus antepasados. En la época de guerra pasaba los días con miedo. Temía todo aquello que su padre contaba que pasaría si la situación no cambiaba. Anhelaba aprender todo aquello que no sabía y soñaba con vivir en un mundo en paz.

Meses después de vivir cómo un amigo daba la cara por otro amigo, el destino tenía preparado uno de esos hechos que nos hace conscientes de lo caprichosa que puede llegar a ser la vida. En esta ocasión, un grupo de izquierdas llegó al pueblo en busca del señor franquista que había arriesgado su vida por el republicano. Y como Eulalia dice, “en esta vida no hay nada más importante que ser agradecido”, así que el señor de izquierdas se enfrentó a sus propios compañeros ideológicos. Les dijo que su amigo podría ser de derechas, pero que lo realmente importante no eran las ideas sino las personas. Los republicanos se fueron sin llevarse al franquista.

Eulalia no puede entender cómo hoy, tantos años después, sigue existiendo ese rencor latente entre unos y otros. “Es triste que setenta años después no nos demos cuenta de que en esas luchas no gana nadie. Cuando veo en la televisión las guerras en el mundo, me entristezco”, afirma.

A mis 21 años no entiendo cómo chavales de mi edad defienden la derecha o la izquierda extrema, cómo son capaces de apoyar al nazismo y muchas ideas que ni han vivido y que ni ellos mismos saben en qué consisten.



Una vez tuve un profesor que decía que leyéramos mucho, que la literatura nos hace mejores personas. Yo pienso que también deberíamos escuchar más a nuestros mayores, intentar buscar los sentimientos más ocultos que se esconden detrás de las palabras que emiten. Sus sonrisas, sus gestos, sus lágrimas son el resultado de todo lo que han vivido.

Cuando hablaba con Eulalia podía ver cómo se emocionaba al recordar su juventud y cómo, a pesar de todo lo que tuvo que sufrir, se sentía feliz y no lamentaba la vida que le había tocado vivir.

“Cuando abandone esta vida no quiero que lloren por mí porque dejo cuatro hijos y unos nietos que son parte de mi, y ese legado permanecerá a pesar de todas las guerras del mundo y de todos los momentos duros que nos toque vivir”, comenta Eulalia mientras emite una sonrisa de complicidad.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida le ha enseñado a Eulalia que no hay que conformarse con lo que la vida te va regalando. Hay que intentar ir siempre un poco más allá, luchar por los sueños y no caer en el error de darse por vencido antes de tiempo porque eso es de perdedores.

Eulalia ha aprendido que nada es imposible si de verdad lo deseas. Comenta que con el paso de los años esa ilusión inicial propia de la juventud se difumina al ver cómo el tiempo pasa y con él se van perdiendo amigos, familiares...

“Uno se vuelve más huraño cuando te vas dando cuenta de que muchas cosas no son como tú querías”, comenta Eulalia.

“Lo bueno es que, a pesar de todo, puedas llegar a tener 84 años y decir eso de ‘estoy feliz de la vida que he llevado’”, terminó diciéndome Eulalia mientras sonreía cariñosamente y con ternura.